

se trataba de una obra *toda conservadora*. El autor es de los que merecen no pertenecer á ningún partido. En pocos libros de historia parecerá menos el amigo de Platón antes que de la verdad, sin que peque tampoco de esa glacial indiferencia que tan mal sienta en todo arte, aunque este arte sea el de historiar, más cercano á la ciencia.

Bien dice, sobre la noble serenidad del historiador, la simpática emoción del artista. Buena muestra es la descripción del bautizo del príncipe Carlos, modelo de narración histórica y poética al mismo tiempo.

Lo que no comprendemos es, cómo después de leer cualquier libro de historia, hay quien suspira y vuelve los ojos á cualquier tiempo pasado. A ese no le daría mayor castigo que decirle: ¿En qué siglo, en qué época de las pasadas hubiera usted querido vivir? Y cuando hubiera elegido, poderle decir: ¿Sí? Pues va usted á vivir ocho días en ella, nada más que ocho días, y luego, vuelva usted á contarme cómo le ha ido.

XVIII

Si ya es difícil en esta brega literaria agradar á los amigos y complacer á los más halagados en sus ideas ó sentimientos ó vanidades por lo que uno escribe, ¿qué puede uno esperar de los enemigos y de los mortificados?

Dije que las Comunidades religiosas acaso buscaban en Marruecos otras Filipinas, y hay quien muy indignado protesta, diciéndome que nunca las Comunidades han sido tan respetadas en Filipinas y en toda América como ahora, desde que allí no tenemos arte ni parte en el material dominio. No lo dudo, que Ordenes y Comunidades religiosas fueron siempre de condición de gato; ni yo dije que por ellas se hubiera perdido nada; pero, en fin, se perdió con ellas y todo. Por eso creo que, llegado el caso de conquistar nuevos territorios, vale la pena de ensayar si nos iría mejor sin

ellas. Porque ellas evangelizarían todo lo posible, pero españolizar no fué cosa mayor, si hemos de juzgar por los resultados. Tampoco dudo que bajo la autoridad de los americanos en Filipinas y de otras Repúblicas en toda América, las Comunidades no presten excelentes servicios. Es cualidad de religiosos españoles ser candilitos de casa ajena. Todo lo que tienen de turbulentos y amenazadores con los Gobiernos de casa, tienen de complacientes y serviciales con los de fuera. Tal vez consista en ellos; tal vez consista en los Gobiernos. De seguro que ningún presidente de los Estados Unidos habrá tenido que decir de las Comunidades lo que, según fama, dijo en cierta ocasión de graves complicaciones don Antonio Cánovas del Castillo, que no era ningún demagogo, aunque hoy andaría á dos dedos de parecerlo, según va todo.

En cuanto á lo que asegura un airado articulista, que gracias á las Comunidades religiosas cobramos los autores dramáticos españoles pingües derechos de toda América... ¡Ay, mi buen señor! Deseche, deseche esas ilusiones del dinero americano. ¡Si los

autores españoles no tuviéramos otros rendimientos de los que vienen de América! Y ¡para lo que van á durar! Porque con toda la influencia españolizadora de las Comunidades, con todo eso de los lazos espirituales y la madre y los hijos y demás tópicos de Congresos, banquetes y conferencias hispanoamericanas, ¿sabe usted en qué parará todo ello? Pues en que dentro de algunos años—y quisiera ser mal profeta—media América será yankee y la otra media italiana, con mucho de alemana.

Y lo peor para los autores españoles no es que dejásemos de cobrar lo poco que todavía se cobra de América, sino que tampoco cobrásemos nada en España, gracias á las Comunidades y Ordenes religiosas que han educado á unas cuantas generaciones incapaces de admirar otra literatura que sea tan combatida en sus efectos por los mismos que admiran, sostienen y fomentan la verdadera causa.

* * *

¿Por qué razones psíquico-fisiológicas el sentido de la vista y el sentido estético mo-

ernos admiten en los trajes femeninos colores y combinaciones de colores que por mucho tiempo habían parecido intolerables al buen gusto y á los ojos? Nada de *academicismo* en la moda; la paleta de sus artistas no es la paleta académica, de tonalidades y mezclas severamente ordenadas. El color de moda es el más peligroso de los colores: el azul, considerado siempre como divisa arrogante que sólo alguna soberana belleza blanca y rubia podía atreverse á osententar, sin dar que reir al enemigo, en su doble acepción de demonio y de mujer amiga. Vulgarmente solía decirse: A las morenas, azul en ellas, para que luego el diablo se ría de ellas. Hoy, morenas y rubias, se atreven con el azul, y no es á las morenas á las que peor les dice. El gran pintor inglés Gainsborough, como alarde pictórico, venció en su famoso *Niño Azul* las dificultades del temible color. Hoy casi todas las mujeres son *niñas azules*, y lo que entonces fué atrevimiento de un artista, hoy sería sujeción á la realidad.

Mis *Lily Elsie*, muy linda artista inglesa, en *El conde de Luxemburgo*, estrenado re-

cientemente en Londres—no siempre han de ir los ingleses á la cabeza de la civilización,—luce un ideal traje del más brillante azul; un azul de cielo andaluz, un azul de turquesa, adornado con plata y menudas rosas de coral; el sombrero, una airosa monterilla del mismo color que el vestido, con enhiestas plumas también azules, y suavizándolo todo un abrigo color malva, un malva de ocaso otoñal, un malva de lejania, de confín entre cielo y tierra, entre mar y nube.

Y años antes, ¿quién nos hubiera dicho, sin escándalo, que habían de combinarse en elegantes vestidos el morado con el amarillo, el carmesí con el verde, el negro con el botón de oro, el naranjado con el azul? Entre los modistos y los escenógrafos rusos están revolucionando nuestro sentido del color. ¿Se han enterado nuestros pintores y nuestros directores de escena? Las mujeres se han enterado. ¡Oh, si fueran en todo tan atrevidas y emprendedoras!

* * *

Digamos, como el otro, de los catecúmenos en la iglesia: Por mí, que entren. Bien estarían, ¡oh, mis buenos amigos D. Mariano de Cavia y D. Antonio Zozaya!, el periodismo sin periodistas y la literatura sin literatos y el Arte en general sin artistas, si en esta nueva irrupción, que pudiéramos llamar de los bárbaros, no en el sentido ofensivo de la palabra, sino en el suyo original de gente extraña, los tales aportarían al periodismo, á la literatura y al Arte algo que mejor fuera; esto es, vida, espontaneidad, frescura... Pero, ¡ay!, que nada más literario que un iliterato. Lo sé por experiencia. De continuo recibo dramas y comedias; pues bien, siempre que el remitente me anuncia «Sin estudios de ninguna clase, sin conocer el teatro, he escrito esta obra, inspirada en algo que me sucedió y creo interesante...», se puede asegurar que la obra es un compendio de toda la mala literatura dramática y de todas las triquiñuelas teatrales del peor género, exornado de la más ramplona retórica de folletín. Si todo el que ha pasado por algo supiera decírnoslo, el mundo estaría lleno de gran-

des artistas. Pero si muy difícil es saber ver, aun es más difícil saber contar. Se refiere el caso de un procesado que, al oír la elocuente oración de su defensor y cómo enumeraba con patéticas frases las desdichas que le habían traído á tan triste pasó, exclamó:—¡Hasta ahora no me había dado cuenta de lo que he padecido! Y es que, hasta del propio dolor, es mal intérprete la ignorancia.

Nadie sabe la literatura que hace falta para no parecer literato, ni lo que hay que saber de dibujo para desdibujar. Para ocultar todo arte hay que ser un supremo artista.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

XIX

El caso de *La Croix*, periódico de París, órgano conservador y católico, es curiosísimo. Se pasa la vida bombeándonos como país católico, poniéndonos de ejemplo á los empecatados Gobiernos franceses, que han llegado á la separación de la Iglesia y del Estado, y cuando pudiera creerse que somos el mejor modelo que todos los países del mundo debieran copiar, llega la cuestión de Marruecos y, ¡adiós mis pavos!, nos pone de atrasados, de bárbaros y hasta incapaces de Sacramentos, á pesar de todo nuestro catolicismo, que no tiene Muley Hafid por dónde cogernos. ¡Aten ustedes esa mosca por el rabo! De suerte, que muy buenos cristianos, pero en lo demás, cosa perdida; pues sí que es para animarnos á perseverar si son esas las consecuencias de nuestro fervor religioso.

Como los nuestros de á cuarto, tienen los beatos franceses cosas de á *sou*.

Para consuelo nuestro, y en honor del decantado *bon sens* de los franceses, no toda la Prensa se ha despeñado por el precipicio de las tonterías. Espíritus belicosos se complacen en trasladarnos lo desagradable; justo es consignar que hay quien no ha perdido los estribos y que la razón y el sentido común no han huído todavía de Francia, aunque estén pasando muy malos ratos, como en todas partes, cuando los energúmenos vocean.

El *Diario de los Debates*, *La Humanidad* y algunos otros periódicos hablan como la razón y la cordura mismas. Bueno es que nuestros energúmenos colonistas, que por aquí también los tenemos, se den por enterados. En Francia, como en España, es deber patriótico y de humanidad no contribuir en lo más mínimo á enconar rozamientos. Un choque entre las dos naciones sería dar que reír á las demás, que no habían de intervenir en favor de ninguna y muy tranquilamente estarían á las results. Lo urgente es tirar bien la raya, cerca ó lejos; hasta aquí unos, desde aquí otros. Esas zonas neutrales, esas policías interna-

cionales, esas divisiones de mandos, desde la más remota antigüedad vienen dando el mismo resultado. La diplomacia lo combina todo muy bien, y todo iría perfectamente si, al decir Francia y España unidas, se tratara, en efecto, de una abstracción ideal de las dos naciones, ó si fueran los propios diplomáticos con toda su corrección, exquisitas maneras y excelentes formas los encargados de traer y llevar por esas zonas neutrales. Pero eso de que las buenas relaciones entre dos pueblos y su tranquilidad y su honor estén pendientes de que el último policía internacional, que ni siquiera es francés, ni español en muchos casos, tuvo unas palabras con otro de la misma categoría y casta, francamente, es poner en ocasión cosas que mucho valen para fiarlas en tan poco.

* * *

El bailarín, así el de rango francés como el clásico bolero español, el que tuvo su canto del cisne con música de Barbieri: «Aquí viene un bolero muy afligido...»,

había desaparecido de los teatros. Para el público de nuestros días la presencia de un bailarín era intolerable. Pero todo tiene su renacimiento. La directora de baile de la Opera Cómica, de París, la célebre madame Mariquita, ¡oh, predestinación de los nombres!, ha declarado que se propone restaurar el bailarín masculino en los bailes encomendados á su dirección:—Es una nota necesaria—ha dicho;—es preciso el contraste; el «travestí» es antiartístico, el público empieza á cansarse de las mujeres vestidas de hombre. Claro está que madame Mariquita se atreve á tanto fiada en el triunfo de Nijinsky, el extraordinario bailarín ruso que ha sido la *coqueluche* de París en las dos últimas temporadas de primavera, que ha inspirado infinidad de crónicas y de versos, de quien ha dicho un poeta:

C'est un monstre ingénu qui naquit pour la gloire.

Y más adelante, cosas de este calibre:

Il met le cœur en doute et l'instinct en danger.

Pero, ¡ay, que todos los bailarines y danzantes no serán Nijinskys. En nada se mar-

ca tanto la diferencia de clases como en lo que no tiene clasificación posible.

* * *

La Banda municipal es objeto de controversia en el seno mismo del Ayuntamiento. Hay quien la quiere aristocrática; hay quien la quiere popular. Unos quisieran que no tocara nunca de *La Walkyria* para abajo; otros, del «Himno de Riego» para arriba. Popular, sí; debe serlo. Pero todos sabemos que lo de popular es valor entendido. Cuando decimos teatro popular, música popular, escritor popular, todos sabemos hasta dónde llega esa popularidad y dónde termina ese pueblo. Más allá sabemos que ni el teatro, ni la música, ni el escritor han de ser comprendidos. ¿Que debe aspirarse á que lo sean? Sí, muy bien. Pero si ha de educarse al pueblo artísticamente ha de ser presentándole el Arte con cierto respeto, no poniéndolo á sus pies, sino sobre su cabeza. Que oiga la música, la mejor, cuando de oír música se trate; cuando se trate de bailotear en una verbe-

na ó jolgorio de barrio, con una buena charanga tiene bastante; sobra la Banda municipal, como sobraría la Orquesta Sinfónica en el palacio más aristocrático si sólo de bailar rigodones, valeses y cotillón era el caso. Cada ocasión pide su lujo particular; no hay que ser *rastaqueres*, señores concejales.



XX

Nuestra pobre vida, ahogada entre las cuatro paredes de la actualidad prosaica, sólo en lo misterioso halla asidero para lanzarse iluminada hacia donde algo novelesco ó poético se vislumbra. Sabemos que de nada extraordinario somos capaces; sabemos hasta dónde nos llevan nuestras pasiones, nuestros vicios, nuestras maldades y nuestras virtudes; hemos perdido toda ilusión en nosotros mismos, hemos renunciado á ser actores hasta en la propia comedia de nuestra vida; por lo mismo, somos espectadores curiosos de la vida de los demás y esperamos de cualquiera de ellos la emoción que divierta un poco la monotonía de nuestra vida. ¿No hay quien quiera ser héroe, para que, de espectadores, ascendamos, siquiera por unos días, á ser coro de la tragedia?

La muerte de Mad. Lantelme, lindo ar-

título de París—ciudad única en la fabricación de esas muñecas vivientes, imitación perfecta de todo, de la hermosura, de la elegancia, hasta del talento,—nos defraudaría como espectadores si, en efecto, hubiera sido causada por un accidente de los que llamamos casuales. Y he aquí cómo, hasta cuando queremos poetizar, nos asimos de la más vulgar lógica.

La casualidad es un desenlace, pero no es una explicación. La casualidad es algo que irrumpe por nuestra vida, fuera de todo cauce; algo que, de pu o fatal, parece desviarnos de la fatalidad de nuestro destino. Son pocos los espíritus que saben percibir en la casualidad algo que sea lógico y necesario en esa armonía que es toda vida humana.

A nadie le parece buena explicación el accidente casual. Todas las mujeres que envidiaban á la Lantelme, creyéndola muy dichosa, caen ahora en la cuenta de que era muy desgraciada. Menos mal que la muerte pone un poco de moralidad en la vida. Las que más la envidiaban han dejado de envidiarla ahora: «No, no era feliz; no po-

día serlo—se dicen unas á otras.—La felicidad no es sólo el dinero...» Pero, á estas horas, todas pensarán en el opulento viudo, por si acaso. Todo es poner barandales más alto á las ventanas del yate.

Todos prefieren creer que la linda muñeca de lujo se ha suicidado. Esta explicación, que es más lógica, es, por lo mismo, más vulgar, queriendo ser poética. Hasta en Francia, donde aun florece la tragedia con toda la pompa de sus alejandrinos, se ha perdido el sentido de lo trágico. Buscando la tragedia, se cae en el melodrama.

¿Un suicidio? Según eso, las mariposas efímeras también se suicidan cuando se queman á la luz. No; cumplen su destino: vuelan hacia la luz y se abrasan. Igual, ese bonito juguete, mariposa-mujer con alas de encajes y colores de pedrería, volaba en torno de esas luces deslumbradoras que son el amor, la riqueza, el arte, la gloria... y se abrasó en cualquiera de ellas, tal vez en la que menos calor daba.

* * *

Los que no salen de Madrid por sus ocupaciones ó por su gusto—por falta de dinero no será; por esa razón sólo podrían veranear dos docenas de madrileños,—con nada se divierten. En la Ciudad Lineal, unas luchas greco-romanas, que más trascienden á barraca de feria francesa que á Grecia y Roma. En los nuevos Jardines del Retiro, en oposición al clasicismo de la Ciudad Lineal, triunfa el romanticismo con don Jenaro, «el Feo», por mal nombre. Un bufo de la tierra que, sin saberlo, como M. Jourdain, hablaba en prosa, ha traducido muy castizamente excentricidades de *minstrel* inglés. Con eso, y con el mujerío de verano, un mujerío que se oculta en invierno como los pájaros se ocultan para morir, según el poeta, no se pasa del todo mal en Madrid.

Para los que no pueden vivir sin emociones de Arte, en cualquier tiempo que sea, ahí tienen el Gran Teatro, con una mínima de 40 grados al sol de sus baterías y á la sombra de sus tiples.

Mucho es, aquí, donde todo se copia, que no tenemos ya, al modo de Francia, tea-

tros de la Naturaleza, teatros al aire libre ó teatros de verdura, que de las tres maneras los llaman, aunque en la última acepción ya podríamos competir ventajosamente con los franceses. De verdura tenemos aquí muchos teatros que, si el público tuviera mejor gusto, aun había de justificar más su nombre, sembrando el escenario de hortalizas.

El teatro de la Naturaleza cunde en Francia que es una bendición... de los campos. No hay ciudad de alguna importancia, villa de aguas—traducción literal—village,—esto ya es más castizo, aunque no lo parezca,—donde no se represente alguna obra, con montañas y cielo por telón de fondo y árboles seculares por bastidores—suprimidas las bambalinas. Por fortuna, entre los actores franceses, gracias á la frecuente interpretación de sus insoportables tragedias, los hay de hermosa voz y grandes facultades, que les permite ser oídos sin el recurso de la máscara bocina de los actores griegos y romanos.

Lo malo es qué, si al principio sólo se representaba en estos teatros obras adecua-

das á la grandiosidad de la escena, hoy, por el consumo excesivo, cualquier obra parece buena para servirla en plena Naturaleza. Así se ha representado *La estrella de Sevilla*, de Lope de Vega, y así se representará el mejor día *La dama de las camelias*, que acaso no llegue al quinto acto, expuesta á los cuatro vientos, ó acaso se reponga antes del cuarto con este tratamiento al aire libre.

Lo que sí podrá decir cualquiera en Francia, sin ponderación y sin sacrilegio, cuando quiera recordar que estuvo en un teatro de estos, es que fué allá, donde *Mounet Sully* dió las tres voces. Como decía un abonado del Real á otro que le preguntaba el lugar de la acción en *La Walkyria* y era en una representación muy desdichada:

—¿No lo ve usted? Donde Wotan dió los tres gallos.

* * *

Los vaticinadores y agoreros de acontecimientos mundiales, barajan sin cesar el nombre de las grandes naciones. Lo que

hará Alemania, lo que piensa Francia, la actitud de Inglaterra. Parece que son los tiempos en que se nombraba á los reyes por el nombre del Estado donde eran soberanos. Cuando se decía: Francia se casa; Inglaterra se muere. Hoy esos nombres, con significar mucho, no lo significan todo... Lo que hará Alemania, lo que piensa Francia, la actitud de Inglaterra... Muy bien, sí; pero ¿no convendría más saber lo que harán los alemanes, lo que piensan los franceses y la actitud de los ingleses?



XXI

No es de extrañar, siendo la noble aspiración del socialismo la realización de un estado social paradisiaco, que los socialistas sean á veces de una inocente simplicidad, tan paradisiaca, por lo menos, como el mundo de sus ideales. Sobre todo, los socialistas españoles más noveles y, por lo tanto, menos baqueteados por las impurezas de la realidad. De otro modo, al escuchar el otro día á esos oradores franceses en *turnée*—y nunca pudo anunciarse con mayor fundamento—*pour l'Espagne et le Maroc*, y oírles amenazar con la huelga general internacional si el Gobierno de Francia ó cualquiera otro se lanzaba á guerreras aventuras, nuestros buenos socialistas, en vez de aplaudir, debieron preguntar, desconfiados, á los compañeros franceses:—¿Qué apostamos á que ustedes no? En el mayor silencio dejaron ustedes pasar la ocupación de Ca-

sablanca; sin ruidosas protestas han consentido ustedes en la ocupación de Fez, llevada á cabo con todos los pretextos y malas artes usuales en el viejo juego de las ocupaciones. ¿Por qué en cualquiera de estos casos no han ensayado ustedes esa terrible huelga general con que vienen ustedes á conminarnos á nosotros, que ninguna deslealtad hemos cometido en Marruecos? ¿Es que han tomado ustedes á España como una especie de colonia agrícola ó granja de experimentación, buena para ensayar ese cultivo de la huelga general y la protesta airada. Internacionalismo, y no por mi casa, ¿verdad? Como si no supiéramos que en Francia hasta los anarquistas son *chauvinistas*.

Y no hay que recordar el levantamiento de la *Commune*, porque aquello mismo no fué sino exasperación del patriotismo dolorido. Mientras se creyó fácil llegar á Berlín, no hubo en Francia un solo internacional que protestara contra la guerra. Y hoy sucedería lo mismo; y sólo nuestros inocentes socialistas, creyendo hacer el juego del internacionalismo, no hacen más que

enseñar las cartas del suyo á quienes menos conviene.

De los socialistas alemanes no hablemos; el día en que el Kaiser desenvainara su imperial espada, ¡boca abajo todo el mundo! ¿A que nadie hablaba de huelga general en Alemania?

Hablen, trabajen en favor de la paz cuanto quieran y puedan nuestros socialistas; están en su razón y en su derecho. Pero no fíen demasiado en los de fuera. Hasta ahora no los hemos visto protestar ni contra la injustificada ocupación de Fez ni contra las injustas provocaciones á España. Si hay que ser internacionalistas, bien es que empiecen otros. Aquí hemos sido siempre algo retrasados en todo; no hay por qué tomar carrerilla en esto.

* * *

En Nueva York se ha inaugurado un Círculo literario hispano. Discursos, poesías, música... De todo ello, lo más interesante, por ser más del extranjero, ha sido el breve discurso del Dr. William R. She-

pherd, vicepresidente del nuevo Círculo, profesor de Historia de la Universidad de Columbia. Ya que tan pocas veces nos llegan gratas palabras, bueno es que conozcamos, para agradecerlas, las del ilustre profesor, que dijo así:

«Aun cuando hiciera uso de mi lengua nativa para expresar el sentimiento que me conmueve en estos momentos, al pensar en mis impresiones de España, de la América hispana, del alma española, aquende y allende los mares, las palabras me faltarían.

¡Cuánto más débiles y pobres no serán, pues, las breves frases que podré pronunciar en una lengua que, si la amo al par de la mía, no deja de ser siempre extraña para mí!

Os ruego, por tanto, que seáis indulgentes con mis faltas de dicción y que miréis tan sólo á la sinceridad y al calor que las animan.

Quienes no conocen los países hispanos, quienes nunca han sondeado el corazón de los pueblos de origen español, suelen á veces referirse á ellos con todo el menosprecio. Los que así hacen, debe notarse son

hombres propensos á tomar lo accidental de la vida como característico; lo temporal, como permanente; lo superficial, como esencial; la sombra, como si fuera substancia.

¿Me será permitido á mí, un extranjero, un norteamericano, un yanqui, si así lo queréis, un hispanófilo, sin embargo, de buena ley, el aventurarse á deciros lo que creo, mejor dicho, lo que me consta personalmente que significa la frase: España en América? Pues España en América significa las cualidades de amabilidad y hospitalidad, de cordialidad y caballerosidad, de afecto y fraternidad que distingue tan marcadamente los pensamientos y los hechos de España y sus hijos. Las colonias de antaño, las diez y ocho Repúblicas americanas de hoy, las cualidades, en fin, que ennoblecen tan gloriosamente su múltiple contribución á la cultura y al bienestar de la Humanidad entera.

Así es que en la fundación del Círculo literario hispano abrigamos la esperanza de que podamos hacer todo lo que esté dentro de nuestro alcance para que las virtudes del

alma, las bellezas de la literatura y la dulzura de la lengua que anhelamos fomentar sean más y más conocidas, para que vivan, crezcan y florezcan, para que sean en el porvenir aun más que lo que han sido en el pasado, para que sigan siendo la luz, la alegría, la verdad, la vida, siempre bondadosa, siempre fiel.»

También pronunciaron elocuentes discursos D. Manuel González, cónsul de Costa Rica; D. Máximo Iturralde, catedrático de Castellano en la Universidad de Nueva York; D. Francisco Borda, ministro de Colombia en Wáshington.

Una verdadera fiesta española que bien merece aplauso y gratitud.

En Nueva Orleans se anuncia también la publicación de una Revista española con el título *Mercurio*, y dirigida por míster Allen H. Borden, que se propone fomentar nuestra literatura, nuestras artes y, en general, nuestro progreso en todo orden.

Parafraseando á Voltaire cuando decía: *C'est du nord aujourd'hui qui nous vient la lumière*, diremos: Es de los Estados Unidos de donde hoy nos viene la luz. Aquí tie-

nen un buen argumento los partidarios y defensores de la guerra. ¿No será, al combatir unos contra otros, como los pueblos se comprendan mejor y por comprenderse lleguen á estimarse?



XXII

Cuando los sucesos tienen por sí solos la suficiente fuerza de penetración ¿qué puede añadirles el comentario? Las noticias de Inglaterra se comentan por sí mismas. De un lado, el esplendor de sus fiestas marítimas, el más insolente lujo ostentado por los poderosos más poderosos del mundo, señores de la tierra y de los mares. De otro lado, la huelga sangrienta, el alarido desesperado de los hambrientos, que, por ser legión, quieren también ser poderosos un día á su manera, que es destruirlo todo, aunque no estén muy seguros de lo que después ha de edificarse. No hay colosal ídolo de oro que no tenga los pies de barro. El relato de esas huelgas de Londres y de Liverpool, cortando bruscamente la admiración envidiosa que pudiera causarnos la descripción de las fiestas brillantes, viene á ser consuelo de pobres, ya que no de tontos. En todas partes

cuecen habas; menos mal donde también asan perdices; lo peor es donde sólo cuecen habas y de la peor calidad. Aquí tenemos huelgas y no tenemos yates ni duques de Westminster, que siempre es un entretenimiento hasta ver en qué para todo.

Y aun pretenderán los soberbios lores oponerse á la sabia política de Lloyd George, de quien bien pudiera decirse, como dijo Calderón de la Cruz redentora, que es «Iris de paz que se puso entre las iras del Cielo y los pecados del mundo».

Si con política tan previsora de lo que está viendo venir el más ciego, no se consigue evitar algún tremendo choque, ¿qué sucederá donde nadie piensa en nada ó se piensa en lo que menos importa?

Los ricos de Inglaterra han recibido en estos días una buena lección de Economía política. Con todo su dinero se han visto carecer de muchas cosas. En los muelles se pudrían las frutas, se derretía el hielo, se estropeaban las golosinas, que por una vez estimaban en todo su valor los que nunca creyeron que todo eso significaba más que dinero. Por una vez, se han permitido los

hambrientos el lujo que los hartos se permiten toda la vida: desperdiciar.

* * *

Explicaba un señor que había viajado mucho, cómo la razón de ser España el país más democrático en su trato y costumbres consistía justamente en ser el más aristocrático. Y esto que parecía implicar contradicción ó paradoja, lo resolvía él muy en su punto. En otras partes, sólo las personas que, por su rango ó su elevada posición social, se creen lo bastante seguras de sí mismas para saber que en nada desmerecen por alternar con quien mejor les plazca, son las que se permiten esa familiaridad y llaneza, que aquí nos permitimos todos porque todos llevamos un gran señor dentro y todos nos creemos autorizados para dispensar nuestra confianza á quien mejor nos parece; y así, de nuestra misma altivez procede el ser sencillos, y de ser todos aristócratas el vivir en plena democracia.

Esta española confusión de castas y linajes se acentúa en el veraneo, donde apenas

es posible distinguir de clases, y tal vez no haya dato más seguro de información que las diferentes tertulias, formadas, no al calor, sino al fresco de playas ó montañas.

Dime en qué tertulia andas y te diré quién eres; por lo menos te diré lo que buscas, ya que saber quién sea cada uno es imposible.

Puestos á considerar las tertulias y sus afinadas electivas, tenemos: la tertulia de los selectos, alrededor de alguna gran señora, ya entrada en años; tertulia aburrida, pero de mucho tono. Por lo regular, aparte los que quieren tomar alternativa, exhibiéndose en ella, los que para nada la necesitan, saludan y pasan de largo.

Tenemos la tertulia de los despreocupados, en torno de alguna profesional belleza; como es de rigor, acompañada por una sobresaliente, vestida con los desechos y en todo atendida á lo mismo; pero no es la que menos se divierte. Al pasar por esta tertulia hay que hacerse los desentendidos cuando se va con señoras respetables.

Tenemos la tertulia del prohombre político: un corro muy ancho, con las sillas muy

espaciadas; al lado del prohombre una silla de respeto, con el bastón y el sombrero y muchos periódicos. Esta silla sólo la ocupa algún otro prohombre del partido ó algún enemigo político muy caracterizado. El prohombre sólo deja oír su voz grave y sentenciosa, hasta cuando quiere parecer familiarmente trivial, cuando hay *repórter* nuevo de periódico importante ó persona significada á quien deslumbrar. De otro modo, queda encargado de amenizar la tertulia el bufón del partido. En todos los partidos hay bufones de cámara.—El hacer frases y chistes á costa de los correligionarios ausentes, espiando las que son bien acogidas por una sonrisa del jefe, mal disimulada entre protestas:—¡ Oh! ¡ Este Fulano es terrible! ¡ No diga usted eso! ¡ Son cosas de usted! ¡ No vaya á creer nadie que yo pienso lo mismo!

En esta tertulia hay siempre un proveedor de cerillas, porque el prohombre, gran fumador, nunca lleva cerillas.

Tenemos la tertulia del torero; muy parecida á la del político, salvo que es más desinteresada. Con su bufón también, que habla mal de los rivales en arte y de los revis-

teros apasionados por otros diestros, con las mismas sonrisas de agrado y protestas hipócritas del ídolo.

En esta tertulia, como en la del prohombre, hay terribles celos y envidias, que no suele haber entre los amigos de la profesional belleza, con estar allí más justificados. Las preferencias del ídolo se cotizan muy alto. Se recibe con hostilidad á cualquier amigo nuevo. Los desairados desahogan su pena unos con otros.

—¿No le dijo á usted que almorzaría hoy con nosotros?

—Sí; pero llegó ese imbécil...

—Este Manolo es del último que llega...

Los asiduos á esta tertulia, siempre que se encuentran, antes de saludarse, se preguntan:—¿Ha visto usted al «hombre»?—¿Qué sabe usted del «hombre»?—¿Ha visto usted cómo ha quedado el «hombre»?

Les digo á ustedes que estas tertulias de verano son un manantial inagotable de amenidades.

* * *

Muy de temer es que, á esos graciosos canastillos, última importación con que el Ayuntamiento prosigue la tarea de europeizarnos, no les caiga del todo mal la clásica definición de la escupidera: «Un recipiente alrededor del cual se escupe y se tiran las colillas.»

Servirán precisamente los nuevos recipientes para el uso á que parecen destinados? ¿Será el órgano engendrador de la función? ¿O cuando tengamos todo lo necesario para ser limpios, nos seguirá faltando la limpieza, como cuando tengamos todo lo que hace falta para estar educados nos seguirá faltando la educación?



XXIII

Si alguna traducción se impone por su propia virtud, es la de esos tribunales que han de juzgar á los niños precoces delinquentes; institución establecida en varios países de Europa; en París, desde algunos años, y ahora extensiva á toda Francia.

Discútase por criminalistas y sociólogos si la Justicia ha de tener cara de perro ó rostro más benigno, cuando de juzgar á los hombres se trate. Pero, tratándose de niños, ¿no podrá sustituir la severa balanza por un pesa-bebés, blando como una cuna, y la imponente espada, cuando menos por por aquella caña tradicional en los antiguos maestros de escuela?

Yo no sé si hay niños rematadamente malos; pero sé que, en niños y en hombres, nada hace tan malos á los malos como el saberse tenidos por incapaces de toda bondad. Repetid á un niño, continuamen-

te:—¡Qué malo es! ¡Es muy malo!,—y lo será en efecto. Aunque lo sea, dejadle alguna ilusión sobre su bondad. Cuando queráis conseguir algo de él y estéis seguros de su desobediencia, no vea que la dais por segura; al contrario, decidle:—Sí lo hará, porque él es muy bueno.—Para gobernar pueblos, como para educar niños, hay que hacerles ver que son gobernables y educables, aunque no se crea.

Yo creo que si el pueblo español es de tan difícil gobernar ha sido de tanto decirle que lo era.

Es humana tendencia la de sobresalir, la de afirmar nuestra personalidad destacada. Hay quien, no pudiendo distinguirse de otro modo, se contenta con presumir de sus achaques:—Como las jaquecas que tengo yo no las tiene nadie.

Entre las señoras, no digamos; la que ha conseguido tener el parto más laborioso se considera dichosa cuando lo echa á competir entre las amigas.

Por esto, la sociedad y los Tribunales de Justicia, que la representan, ni al juzgar á un criminal, á un delincuente nato é inco-

regible, deben darse por entendidos de que se hallan en presencia de algún monstruo. Esto envanece al criminal, y hay que procurar que los criminales sean modestos. Hay que persuadirles de que no son tan malos como ellos se creen. Es el sistema de los confesores sabios y prudentes con los más empedernidos pecadores, y así consiguen conversiones notables.

En los niños, vanidosillos de suyo, nadie sabe lo que puede importar esta estudiada indiferencia ante sus precoces delitos.

En Francia, con muy buen acuerdo, se ha evitado toda publicidad en las vistas y sentencias de estos tribunales para niños. Y aquí, si llegaran á establecerse, habría que suplicar á la insaciable información, en sus dos aspectos, literario y fotográfico, un discreto silencio.

¿Será ilusión, ó falta de memoria? Tengo entendido que algo se ha legislado en España sobre tribunales para niños. Si así no fuera ó algo faltara para llegar á la perfección en su funcionamiento, nada más urgente.

Habiendo de tener estos tribunales mu-

cho de patronato, debieran constituirse por distritos y, aparte el juez especial designado, formarse por jurados cuidadosamente elegidos. Entre ellos figurará siempre un médico, un maestro, y, como ha indicado muy bien un distinguido escritor, nunca mejor ocasión para que la mujer entrara en funciones judiciales. Un voto de mujer no puede faltar al juzgar la culpa de un niño. Un voto que sería una lágrima y un beso.

* * *

Un periódico inglés—*Daily Mirror*—propone lo que bien pudiera llamarse vacaciones matrimoniales. Esto es, que, en los matrimonios, debe veranear el marido de una parte y la mujer de otra, sin dejar de escribirse durante la ausencia largas cartas de amor. Sería —añade *Daily Mirror*— el mejor medio de mantener y reanimar la llama de un sentimiento siempre expuesto á extinguirse *by the friction of every day life*. Una tregua anual es muy conveniente, y escribiéndose cartas que recordaran las adorables cartas de novios, los esposos encon-

trarían, al reunirse de nuevo, una frescura de emociones que despertaría en ellos al *boy* y á la *girl* adormecidos por el matrimonio.

Hasta aquí el periódico inglés.

Yo no sé si en Inglaterra sería una novedad este descanso conyugal ó vacaciones matrimoniales. En los países latinos no hay nada más corriente, y, hasta ahora, los resultados no han sido muy satisfactorios. Más de una separación á cencerros tapados y más de un divorcio á cencerrada libre han tenido su origen en estos ensayos veraniegos de libertad.

Un soltero pierde su libertad fácilmente, porque, en la mayoría de los casos, no hay tal libertad. Hay que saber lo que es un padre de familia á la española y la familia que se agrupa á su alrededor en consecuencia, para comprender que cualquier medio es bueno para emanciparse. Y como nuestro terrible padre de familia no comprende que su hijo salga de su casa más que para casarse... pues se casa y en paz, es decir, en guerra, la misma guerra que en la casa paterna; pero en la suya siquiera, puede gritar él más que nadie.

Pero ¡ay! cuando un casado prueba unos días de libertad... matrimonio perdido. Si es el marido quien veranea y la mujer la que se queda en casa, la vida de fonda es para él un paraíso. Aunque los que viven en casa de huéspedes aseguran que se está muy mal en las fondas, crean ustedes que en cualquier casa de huéspedes se está mejor que en la mayoría de las casas de la clase media española. En alimentación y comodidades materiales hay poca diferencia; pero en cuanto á educación y trato y ambiente espiritual, todas las ventajas están en favor de las casas de huéspedes.

En el caso de ser la esposa la que veranea y el marido el que se queda en casa, con ó sin criada, no hay idea del orden que puede reinar en una casa cuando falta quien ponga orden en ella. Este ramo de la limpieza y del buen orden doméstico, que, con la honradez, son los últimos baluartes de las mujeres que no tienen otras gracias, están muy desacreditados desde que se ha caído en la cuenta de que nada hay más en orden ni con más limpieza que los tres lugares justamente en que para nada intervienen

las mujeres: un cuartel, un convento de frailes y un barco de guerra.

Por todo esto y otras muchas cosas, no conviene dejar solos á los maridos. En cuanto á las mujeres... ellas vuelven siempre encantadas al hogar, por bien que lo hayan pasado fuera. ¿A quién podrán decir con el tono de superioridad despreciativa que al marido:—¡Como éste es así! ¡Si éste no fuera así!



XXIV

Los que quieran oír, que oigan; los que quieran entender, que entiendan. En algo habíamos de ser precursores. Nuestro género chico, que no tuvo nunca mayor enemigo que sus propios cultivadores, va siendo ya imitado en todas partes. En París son ya muchos los teatros mejor defendidos con variedad de piezas en un acto, que con la obra grande, de tres ó más actos; obra que no suele tener de grande más que las dimensiones, y en donde, por dos ó tres escenas, que vienen á ser en resumidas cuentas toda la substancia de la obra, hay que soportar todo el ripio y cascote, que no es patrimonio exclusivo de las obras en verso. En Londres, autores y actores famosos pasan sin desdorarse del teatro al *music-hall*, y en bocetos dramáticos ó cómicos, *sketches*, ofrecen, ganando en intensidad lo que pierden en extensión, brillante muestra de

su talento. Graves autores y críticos protestan contra la innovación, que ellos estiman contra el Arte; pero el público la halla muy de su gusto.

Y hay que abrir los ojos á la evidencia: La obra *grande*, en tres ó más actos, es contemporánea de aquellas novelas en cuatro ó cinco tomos, lectura reposada para todas las largas noches de un largo invierno. Hoy nadie las escribiría, porque nadie había de leerlas. En la vida moderna, hasta los desocupados tienen más ocupaciones que los más activos de otros tiempos. El fracaso de muchas obras muy estimables, la dificultad de sostenerlas en el cartel mucho tiempo, no puede explicarse por su mayor ó menor mérito, sino sencillamente porque es preciso tener muy pocas cosas en qué pensar y ninguna en qué distraerse, para dedicar una velada entera á escuchar á un autor y á unos actores, por muy lindas cosas que nos digan muy lindamente dichas. Pesa mucha literatura sobre la Humanidad, y los autores están en la obligación de decirnos lo más brevemente posible las novedades que tengan que comunicarnos. ¿No

es bastante un acto? Los autores y los actores ingleses demuestran que aun el acto es mucho; el *sketch* les basta para dar al público completa muestra de su arte. El teatro del porvenir sera como estos *music-halls* ingleses á la moderna, donde alterna la cupletista con la gran cantante, el excéntrico con el actor, el baile con la tragedia condensada; donde hay espectáculo y arte, y falta el arte también para todos los gustos; en donde cada espectador puede elegir la hora y el número que le conviene, y al que le convenga verlo y oirlo todo, no fatigará su atención con un mismo tema, y en la diversidad de impresiones hallará el mayor encanto del espectáculo.

Todo el secreto y el arte de ganar dinero como empresario de teatros, consiste en ofrecer al público, no lo que le ha gustado ayer y le gusta hoy, sino lo que le gustará mañana.

En el teatro sólo han podido enriquecerse alguna vez los previsores, los que han sabido anticiparse al gusto del público. Por desgracia suya, aun estos previsores, encariñados con su hallazgo, no saben entender

que otro de los secretos del teatro consiste en abandonar un género precisamente cuando más le está gustando al público. En todo lo humano, la cumbre ya empieza á ser decadencia.

¿Qué podrá decirse del género grande, que de puro bajar hasta parece que está empezando á subir? Pero una golondrina no hace verano, ni una ola temporales. El género grande está muerto. Y no es porque las obras sean mejores ó peores, tampoco los actores: ha muerto de grande, de los tres actos y de las tres horas de duración. Y lo sorprendente es que haya vivido tanto y conserve todavía apariencia de vida. ¿Hay algo en la vida moderna á lo que dedique nadie tres horas seguidas de atención? Pero el autor que no es vanidoso, sabe que de esas tres horas, una corresponde á los entreactos, otra á los espectadores, y una, todo lo más, á la obra, si no es día de abono aristocrático.

* * *

Todos los veranos leemos las mismas consideraciones sobre el veraneo y sobre la pre-

dilección de los veraneantes por los grandes centros de atracción veraniega, traslado en todo, con un poco más de ventilación, de la vida madrileña.

Y aquí del problema: ¿No se hace vida de campo porque nuestros campos son inhospitalarios?, ó ¿son nuestros campos inhospitalarios porque nadie quiere vivir en ellos?

No es razón pedir á los cortesanos que vayan á pasar molestias, sin la recompensa siquiera de pasar á la Historia como colonizadores. No es razón tampoco pedir á los campesinos que vayan disponiendo comodidades y atracciones, sin la seguridad de que los cortesanos han de acudir á compensar los gastos. El problema es de solución difícil. Alguien ha de empezar. En otras partes, han sido los viajeros los que han hecho el camino, y los huéspedes los hoteles. En España, acaso necesitemos lo contrario. Así empezaron Biarritz y Trouville, en Francia. En España mismo, así empezaron San Sebastián y Zarauz y Deva; así empezaron, más cercanos á Madrid, Cercedilla y otros lugares de la Sierra. Los

primeros en acudir pasaron lo suyo; tuvieron, en cambio, el supremo goce de la virginidad.

Y como decía un buen señor, que siempre prolongaba su estancia en un lugar de estos hasta muy entrado el otoño, cuando ya no quedaba nadie de la colonia veraniega: «Ahora es cuando se está aquí á gusto. Si la gente no fuera tonta, ahora es cuando debía venir aquí todo el mundo.»

* * *

Una escritora de entendimiento y de razón propone que los niños asistentes á las escuelas públicas tengan al entrar ellos, no sólo alimento espiritual, sino algo también de ese alimento material, tan necesario para bien disponer el espíritu; que si tripas llevan pies—y andamos tan malamente,—también llevan cerebro: y si de la panza sale la danza, también la enseñanza, si ha de ser provechosa.

Plausible idea es la del desayuno escolar, y es preciso que no quede en idea. Es triste cosa que, por amor propio mal entendido

ó por temor á que pueda parecer bombo mutuo ó tacto de codos, nadie patrocine más ideas que las propias, y así queden perdidas y malogradas las mejores.

Ese desayuno de los niños pobres debe quedar á cuenta de los niños ricos, y las madres que enseñan á rezar á sus hijos, deben hacerles comprender que por algo en el Padrenuestro no se dice: «El pan mío de cada día», sino «el pan nuestro». ¿Qué menos puede comprender ese plural que el pan de todos los niños? ¿Qué almas pueden unirse mejor en ese acto de compartir el pan, que siendo de comunión cristiana, lo es también de solidaridad social?

* * *

Lances de veraneo: Un tenorio de playa, locamente enamorado de una bella compañera de hospedaje, la persigue día y noche dispuesto á todo. Un día, por fin, acompañándola desde la calle, se entra decidido hasta el mismo cuarto de la señora, que protesta muy indignada. El, sin oirla, se entrega á los transportes más apasionados.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1.º do. 1625 MONTECORTES, MEXICO

La dama le rechaza con toda su fuerza:
 «¡ Está usted loco! ¿Qué hace usted? ¿Quiere usted que grite? ¡ Qué atrevimiento! Y... ¿á que no ha echado usted el pestillo?»



XXV

Que si Francia, que si Alemania... Cuando aun saboreamos las delicias del *ménage à trois*, anglo-franco-español, concertado en la Conferencia de Algeciras, á la ligera, de pasada y como para que nadie haga caso, como puede decirse en estas notas por quien no tiene autoridad, me permití decir que el sentido común más rudimentario aconsejaba la alianza con Alemania, como más conveniente á los intereses españoles. De modo que no se dirá que me apasiono por Francia. Ahora, cuando veo que el apasionamiento por Alemania llega hasta desconocer y negar todo valor positivo á la cultura francesa, creo que, por lo menos, debemos acordarnos de que lo que sabemos de Alemania lo sabemos por Francia. Con todos sus defectos y su influencia más ó menos funesta en nuestra política, en nuestras costumbres, en nuestro arte—y tal vez el